

MI CASA ES LA DE TODOS

Cinco casas. En el centro la más pequeña de todas. Alrededor la acompañan cuatro palomas blancas de cal y cemento. La más madrugadora, la más humilde que día a día descorre sus persianas desde horas muy tempranas. En ella habita una extranjera que desde hace poca ha venido al país y al pequeño pueblo a estudiar. Amanece y su luz se enciende como una abeja libadora. Comienza la actividad de la cáscara de caracol en la que la argentina de pelo enmarañado realiza sus faenas. Cuatro palomas blancas mayores que la cáscara del caracol. Cuatro pretendidas majestuosas palomas en la que las aldeanas del pueblo invierten todos sus ahorros para lucirlas como muestra del trabajo de toda una vida. La argentina abre sus ventanas, llevada por la espiral de una línea de dominó, comenzando la abeja libadora a polinizar y a ser polinizada. Las cuatro aldeanas, viudas desde hace tiempo, con la amabilidad de las ancianitas que aparecen en “Arsénico por Compasión” son las nuevas tías adoptivas de la argentina e inician un diálogo con ella. Marilina, así es su nombre, abre las ventanas de par en par:

-M- ¡Hola, señora Leonides, ¿por su saco de patatas cuanto me pide?

-M- ¡Hola, señora Gertrudis, ¿qué tal un poquito de sal?

Por último Marilina cierra la ventana no sin antes de despedirse de su tía más querida.

-M- ¡Hola, señora Leonor!

-L- Sí ¡hay que ver!, responde doña Leonor, ¡hay que ver cuanta calor!

Así la casa de Marilina es el hogar de todas las habitantes del pueblo Tanto es así que las cuatro blancas y ancianas palomas la han bautizado como “La Casa de Todos”.